El Presidente. — Un hombre que va á la argolla, no debe guardar su espada. En marcha; ya sabeis mi resolucion.

Fernando. — (*Arranca á Luisa de manos de los guardias y la amenaza con la espada.*) Antes de permitir que deshonres á mi esposa, la mataré. ¿Persistes todavía?

El Presidente. — Hazlo, si tan aguda es la espada.

Fernando. — (*Deja á Luisa, y mira al cielo con terrible ademan.*) ¡Dios poderoso! tú eres testigo de que empleé todos los medios humanos... voy á ensayar uno, realmente diabólico... Mientras la envias á la argolla (*al oido del Presidente*) contaré en la Embajada cierta historia que se titula: *De cómo se llega á Presidente.*

El Presidente. — (*Como herido del rayo.*) ¿Qué? ¡Fernando!... ¡Soltadla! (*Corre tras el Mayor.*)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Un salon en casa del Presidente.

El PRESIDENTE. — El Secretario WURM.

EL PRESIDENTE.

TAL negocio es este, en verdad.

Wurm. — Lo que yo temia, señor. La opresion irrita, sin convertirlas, á las naturalezas exaltadas.

El Presidente. — ¡Cuánta confianza tenia en este proyecto! Me decia: cuando la niña esté deshonrada, él, en su calidad de oficial, se verá obligado á retirarse.

Wurm. — Claro que sí, mas para esto era necesario primero deshonrarla.

El Presidente. — Sin embargo, ahora que reflexiono serenamente sobre lo ocurrido, veo que no debia permitir que se me impusiera. Nunca pudo dirigirme en serio semejante amenaza.

Wurm. — No lo crea Vuecencia. La pasion irritada no retrocede ante ninguna locura. Vuecencia mismo me habló de la falta de respeto del Mayor y de la re-

sistencia que oponia á ser dirigido. Ya lo creo. Las ideas que ha mamado en la Academia no me complacen del todo ciertamente. Porque, vamos á ver, ¿qué valen estos fantásticos sueños de grandeza de alma y nobleza personal en una corte, entre gentes, cuya mayor sabiduría debe consistir sin duda en humillarse y engrandecerse hábilmente segun las ocasiones? Es

muy jóven y arrebatado todavía para resignarse á subir por el camino lento y tortuoso de los amaños, y sólo despertará su ambicion, cuanto le parezca aventurado y grande.

El Presidente.— (*Con enfado.*) ¿Qué tienen que ver tales observaciones con nuestro asunto?

Wurm. — Señalan la herida y tal vez el remedio. Nunca, en ningun caso era oportuno, permítame Vuecencia que se lo diga, tomar por confidente á un hombre de ese carácter, ó convertirle en enemigo. Mira con horror los medios de que se valió Vuecencia para encumbrarse. La piedad filial ha detenido tal vez hasta ahora la lengua del traidor, pero déle Vuecencia ocasion de soltarla... y veremos. Si Vuecencia combate con mano fuerte sus pasiones, y le dá lugar á creer que cesó de ser para él un padre tierno, triunfarán en su ánimo sus deberes de buen ciudadano. ¡Vaya que fué capricho ofrecer á la justicia víctima tal, bastante por sí sola para arrastrar á su pérdida á su mismo padre.

El Presidente. — ¡Wurm! ¡Wurm!... V. me lleva al borde de un abismo.

Wurm.— Yo sacaré á Vuecencia de él. ¿Puedo hablar con libertad?

El Presidente.— (*Sentándose.*) Como un condenado á su compañero de condena.

Wurm.—Entonces, perdóneme Vuecencia. ¿No debe Vuecencia á la flexibilidad del cortesano la posicion de presidente? pues ¿por qué no usar de la misma como padre? Recuerdo todavía con qué cordialidad invitó Vuecencia á una partida de juego á su predecesor y á beber una botella de Borgoña, departiendo amigablemente, la misma noche en que debia volar la mina y saltar por los aires el buen hombre. ¿Por qué revelar á Fernando el nombre del rival? Nunca debió saber que yo conocia sus amores. Bien pudo Vuecencia dirigirse á la niña para ir destruyendo sordamente esa novela, y conservar al propio tiempo el afecto de Fernando. Con esto obraba como el general prudente que no ataca al enemigo en el corazon de su ejército, sino que siembra la discordia en las filas.

El Presidente.— ¿Y cómo hacerlo?

Wurm. — Del modo más sencillo. No se perdió la partida todavía. Reprima Vuecencia por algun tiempo el afecto de padre, sin intentar medirse con una pasion, que no hará más que crecer con los obstáculos, y déjeme á mí el cuidado de empollar el gusano que ha de roerla.

El Presidente.— Curioso estoy...

Wurm.—O yo comprendo mal el barómetro del alma, ó los celos de Fernando son tan terribles como su amor. Hagamos nacer las sospechas... verosímiles ó no. Basta una miajita de levadura para que fermente y se destruya todo.

El Presidente.—¿Pero dónde hallaremos la levadura?

Wurm.—Ya estamos. Ante todo, dígame, ¿qué riesgo corre como se prolongue la obstinacion del Mayor? ¿qué importancia tiene para Vuecencia que se termine esa novela con la muchacha, ó se concluya el enlace con lady Milford?

El Presidente.—¿Y me lo preguntas, Wurm? Pierdo mi influencia si no se casa con Milady, y arriesgo mi vida si fuerzo la voluntad del Mayor.

Wurm.—(*Alegremente.*) Entonces, hágame el favor de escucharme. Con el mayor emplearemos la astucia; con la niña, el poder. Le dictamos un billete amoroso dirigido á una tercera persona, y hacemos luego que caiga en manos del muchacho.

El Presidente.—¡Qué locura! ¡Como si ella pudiera resolverse tan pronto á firmar su sentencia de muerte!

Wurm.—Lo hará, si puedo yo manejarme libremente. Conozco á fondo su excelente corazon, que tiene dos puntos vulnerables; por ellos asaltaremos su conciencia; el uno, el amor á su padre; el otro, el amor á Fernando. Damos de lado á éste, y obramos así con más osadía por lo que respeta al músico.

El Presidente.—Veamos.

Wurm.—Por lo que Vuecencia me contó de lo ocurrido en la casa, nada tan fácil como amenazar al padre con una causa criminal. En cierto modo, la persona del privado y guarda-sellos es la representacion del Príncipe; ofender á uno, es atentar á la majestad del otro.

Por lo menos yo, con ese espantajo que me encargo de ajustar, hago pasar al pobre diablo por el ojo de una aguja.

El Presidente.—Pero la causa no podria formalizarse.

Wurm.—Ni mucho menos... sólo lo bastante para poner en apuros á la familia. Ponemos á la sombra al padre, y si á mano viene, para aumentar la inquietud, á la madre tambien: luego se amenaza con la acusacion capital, el cadalso, la prision perpétua, y establecemos por condicion única, para alcanzar la libertad, que la muchacha escriba la carta.

El Presidente.—Bien, bien, comprendo.

Wurm.—Ella ama á su padre con pasion, por decirlo así... Viéndole en peligro de perder la vida, ó cuando menos la libertad;... atenta á los reproches de su conciencia;... en la imposibilidad de poseer al Mayor;... luego, perturbada, de lo cual me encargo... no falla; caerá en el garlito.

El Presidente.—Pero mi hijo lo sabrá todo al instante, y se pondrá más furioso que nunca.

Wurm.—Descuide Su Excelencia. No se pondrá en libertad ni al padre, ni á la madre, sin haber hecho jurar antes á toda la familia que guardarán el secreto y que confirmarán nuestra supercheria.

El Presidente.—¡Un juramento! ¿Y qué podemos esperar de un juramento, imbécil?

Wurm.—Nada, si se tratara de nosotros; todo, de esa ralea de gente... Vea Vuecencia cómo de ese modo alcanzamos todos nuestro objeto. La niña pierde el amor de Fernando, y la reputacion. El padre y la madre van resignándose poco á poco, subyugados por una aventura de esa especie, y al fin les parecerá en mí un acto de conmiseracion el rehabilitar á su hija, ofreciéndole mi mano.

El Presidente.—(*Riendo y moviendo la cabeza.*) ¡Ah

pícaro!... Me confieso vencido... Ardid de una sutileza satánica, á fe mia... El discípulo sobrepuja al maestro. Sepamos ahora á quién debe dirigirse el billete. ¿Con quién haremos que sospechen que tiene tratos?

WURM. — Necesariamente con uno que deba ganarlo todo, ó perderlo todo con la resolucion de Fernando.

EL PRESIDENTE. — (*Despues de reflexionar un instante.*) Sólo conozco al Mariscal, para el caso.

WURM. — (*Encogiéndose de hombros.*) No me enamoraria mucho que digamos, si fuera yo Luisa Miller.

EL PRESIDENTE. — ¿Y por qué no? Te admiro, á fe. Deslumbradores trajes... oliendo á almizcle y á esencias,... por cada necia palabra, un puñado de oro... ¿no basta eso para corromper la delicadeza de una muchacha de baja estofa? ¡Ay amigo!... Los celos no reparan en pelillos.. Mando buscar al Mariscal. [*Llama.*]

WURM. — Mientras Vuecencia le habla y enjaula al músico, voy á extender el billetito.

EL PRESIDENTE. (*Se acerca al pupitre.*) Me lo traerás cuando esté concluido. (*Wurm se va. El Presidente se sienta á la mesa. Sale un criado. El Presidente se levanta y le da un papel.*) Inmediatamente, esta órden de prision al tribunal, y vaya otro á decir al Mariscal que tenga la bondad de venir aquí.

EL CRIADO. — Su Excelencia se apea del coche en ese instante.

EL PRESIDENTE. — Mejor que mejor. Dirás que sean ejecutadas sus órdenes con precaucion y sin hacer ruido.

EL CRIADO. — Está bien.

EL PRESIDENTE. — ¿Oyes?... sin ruido.

EL CRIADO. — Está bien. (*Se va.*)

ESCENA II.

El PRESIDENTE. — El MARISCAL de la corte.

EL MARISCAL. — (*Con trazas de estar muy atareado.*) *En passant* entré, caro amigo. ¿Cómo va?... ¿Qué tal?.. Esta noche... la grande ópera *Dido*... fuegos artificiales magníficos... toda una ciudad incendiada... ¿V. irá á ver el incendio, verdad?

EL PRESIDENTE. — Bastantes fuegos artificiales tengo en casa, que amenazan arrojar por los aires mi poder... Llega V. en la mejor ocasion, Mariscal, para darme un consejo, y ayudarme en una empresa que puede llevarnos adelante á ambos ó arruinarnos completamente. Siéntese V.

EL MARISCAL. — Me asusta V., mi buen amigo.

EL PRESIDENTE. — Pues, como decia,... llevarnos adelante ó arruinarnos del todo. V. conoce mi proyecto de boda de Milady con el Mayor, y comprende V. que es indispensable para asegurar la fortuna de ambos... Pues todo va á llevárselo la trampa, Kalb; Fernando no quiere.

EL MARISCAL. — ¡Cómo que no quiere! ¡Cómo que no quiere!... Si he anunciado la boda á toda la corte... y no se habla de otra cosa.

EL PRESIDENTE. — Pues corre V. el riesgo de pasar á los ojos de todos por un atolondrado... Ama á otra.

EL MARISCAL. — Se burla V. ¿Y qué obstáculo es ese?

EL PRESIDENTE. — Para aquel testarudo un obstáculo invencible.

EL MARISCAL. — Pero ¿cómo?... ¿Será tan loco que así dé un puntapié á la fortuna?

EL PRESIDENTE. — Pregúnteselo V. y ya verá lo que contesta.

El Mariscal. — Pero, *¡mon Dieu!* ¿qué puede contestar?

El Presidente. — Que está resuelto á denunciar al mundo entero el crímen con el cual nos encumbramos, exhibir nuestros falsos documentos, y entregarnos á los dos á la justicia;... esto puede contestar.

El Mariscal. — ¿Está V. loco?

El Presidente. — Esto ha contestado, y estaba ya dispuesto á ejecutarlo. Con pena he logrado disuadirle, prometiéndole absoluta sumision. ¿Qué dice V. á esto?

El Mariscal. — (*Atontado.*) Digo que no lo entiendo.

El Presidente. — Pase esto; hay más. Mis espías acaban de anunciarme que el copero mayor, Bock, debe pedir la mano de Milady.

El Mariscal. —¿Pero V. me vuelve loco? ¿Qué está V. diciendo? ¿Bock?... ¿qué está V. diciendo? ¿Sabe V. que somos mortales enemigos? ¿Sabe V. por qué?

El Presidente. — Esta es la primera noticia.

El Mariscal. — Amigo, va V. á saberlo, y á buen seguro que se estremecerá V.: V. recordará el baile de la corte... hace de esto como veinte y un años... V. sabe... el baile aquel en que se danzó á la inglesa por primera vez, y el conde de Meerschaum se fué con el dominó hecho una lástima con las gotas de cera ardiendo que caian de las arañas... ¡si debe V. acordarse!...

El Presidente.—¿Quién puede olvidar tamañas cosas?

El Mariscal.—Ahora viene lo bueno. ¿Ve V?... Con la agitacion de la danza, la princesa Amalia perdió la liga... Todos, como V. ya puede figurarse, nos pusimos en movimiento buscándola... Bock y yo, que éramos todavía gentil-hombres de cámara... recorrimos á gatas la sala entera buscando la liga... Al fin, la veo... Bock lo advierte... se echa sobre mí, me la arranca de las manos... ¿qué tal?... la presenta á la Princesa y me sopla las gracias... ¿qué tal, eh?

El Presidente. — ¡Impertinente!

El Mariscal. — Y me sopla las gracias... Mire V., estuve á punto de enfermar. Nunca se vió maldad como esa. Por fin, me sereno, me acerco á Su Alteza, y le digo: Señora, Bock ha sido bastante afortunado para presentar la liga á Vuestra Alteza Real, mas quien la encontró el primero, goza en silencio y se calla.

El Presidente. — ¡Bravo, Mariscal, bravísimo!

El Mariscal. — Y se calla. Pero he de guardar odio eterno á Bock, hasta el dia del juicio final... ¡Bajo y rastrero adulador!... Y no fué esto solo... Cabalmente cuando nos arrojamos al suelo en busca de la liga, Bock me echó encima los polvos del lado derecho de la peluca, y héteme confuso el resto del baile.

El Presidente. — Y este será el hombre que casará con la Milford, y llegará á ser el primer personaje de la corte.

El Mariscal. — Me parte V. el corazon de una puñalada... Será... será... ¿Por qué? No veo qué necesidad haya de ello.

El Presidente. — Porque mi Fernando no quiere, y no se presenta ningun otro.

El Mariscal. —¿Pero no sabe V. modo de obligar al Mayor, por desesperado y extraño que sea? ¿Qué habrá desagradable en el mundo que no nos parezca excelente para echar á ese maldito Bock?

El Presidente. — Sólo conozco un medio, y este depende de V.

El Mariscal. — ¿Depende de mí? y es...

El Presidente.—Malquistar al Mayor con su amada.

El Mariscal. — ¿Malquistarle?... ¿Qué quiere V. decir?... ¿Qué puedo hacer?

El Presidente. — Todo se habrá salvado desde el momento en que le cieguen algunas sospechas con respecto á la niña.

El Mariscal. — Que sospeche que roba, por ejemplo.

El Presidente. — ¡ Ca.... hombre !... ¡ Cómo podria creerlo !... que mantiene relaciones con otro.

El Mariscal. — ¿ Y este otro ?

El Presidente. — Seria V.

El Mariscal. — ¡ Cómo !... ¿ Yo ?... ¿ Es noble ella ?

El Presidente. — Esto poco importa. ¡ Vaya una ocurrencia !... La hija de un músico.

El Mariscal. — Una niña del estado llano... Entonces, eso no puede ser... ¡ Cómo !

El Presidente. — ¡ Cómo que no puede ser !... ¿ Se burla V.? ¿ A quién se le ocurre enterarse de la genealogía de una muchacha bonita ?

El Mariscal. — Pero observe V.... un hombre casado... ¿ y mi reputacion en la corte ?

El Presidente. — Esto es otra cosa. Perdone V. No sabia que fuera más importante para V. una reputacion sin tacha, que tener influencia. Doblemos la hoja.

El Mariscal. — Póngase V. en mi lugar, baron. No lo entendia así.

El Presidente. — (*Con frialdad.*) No, no; le sobra á V. la razon. Fuera de que me siento fatigado y dejaré que ruede la bola. Mil parabienes al primer ministro Bock. Otros Estados hay en el mundo. Presentaré mi dimision al Duque.

El Mariscal. — ¿ Y yo ? A V. fácil es hablar así... un sabio, pero yo... *¡ mon Dieu !* ¿ qué soy, si Su Alteza me abandona ?

El Presidente.— Un dicho de ayer; la moda del año pasado.

El Mariscal.— ¡ Oh caro ! ¡ oh queridísimo amigo ! por Dios le ruego que abandone su propósito, y haré cuanto V. guste.

El Presidente. — ¿ Quiere V. prestar su nombre para un *rendez-vous* que dará á V. la Miller ?

El Mariscal. — Juro á Dios que lo prestaré.

El Presidente. — ¿ Y dejará V. caer ese billete, en ocasion en que pueda verlo el Mayor ?

El Mariscal. — En la parada, por ejemplo, donde podré soltarlo como por casualidad, sacándome el pañuelo del bolsillo.

El Presidente.— Y se hará V. el enamorado delante del Mayor, ¿ verdad ?

El Mariscal. — *¡ Mort de ma vie...!* Ya verá V. cómo le caliento las orejas, y le enseño á ese caballerete el modo de birlarme la novia.

El Presidente. — Eso marcha á maravilla. Hoy escribiremos el billete. Pásese V. por mi casa esa tarde á recogerlo, y á preparar el bromazo conmigo.

El Mariscal. — En cuanto haya hecho diez y seis visitas de mucha importancia. Perdone V. si me voy ahora. (*Se va.*)

El Presidente. — (*Llama.*) ¡ Mariscal !... Confio en su habilidad.

El Mariscal. — *Ah ! mon Dieu !...* ya me conoce V.

ESCENA III.

El PRESIDENTE.— WURM.

Wurm. — Ya están presos sin ruido el maestro y su mujer. ¿ Vuecencia quiere leer la carta ?

El Presidente. — (*Despues de haberla leido.*) Muy bien, muy bien, mi querido secretario... El Mariscal se tragó tambien el anzuelo. Veneno como ese, puede emponzoñar la misma salud. Ahora vete á disponer el ánimo del padre, y á calentarle los cascos á la niña.

(*Se van por diverso lado.*)

ESCENA IV.

Aposento en casa Miller.

LUISA.—FERNANDO.

LUISA.—Cesa, te ruego; ya no espero un solo dia de felicidad; todas mis esperanzas han fallido.

FERNANDO.—Pues las mias han aumentado. Mi padre está furioso y va á dirigir contra nosotros todas sus baterías, con lo cual me forzará á obrar como un hijo sin entrañas. ¿Qué me importa mi deber filial? La rabia y la desesperacion me arrancarán el terrible secreto de su asesinato, y el hijo entregará al padre en manos del verdugo. El trance es extremo, como es fuerza que sea, para decidir á mi amor á ese paso de gigante. ¡Oye, Luisa! Surge en mi ánimo un pensamiento grande, inmenso, como mi pasion. ¡Los dos unidos por el amor!... ¿No se halla en eso el cielo entero?... ¿Tienes necesidad de algo más?

LUISA.—Detente; ni una palabra más. Tiemblo de lo que vas á decir.

FERNANDO.—Si nada aguardamos del mundo, ¿á qué mendigar su sufragio? ¿por qué arriesgarse donde no hay nada que ganar, y mucho que perder? ¿No brillarán tus ojos con el mismo fulgor, reflejados en la corriente del Rhin, ó del Elba, ó del mar Báltico? Mi patria está para mí, donde mi Luisa me ame. La huella de tus piés en la arena del desierto, es de mayor precio para mí, que las catedrales de mi país. ¡Cómo echar de menos el esplendor de las ciudades! Donde quiera que vayamos, Luisa mia, hemos de ver salir y ponerse el sol; espectáculo ante el cual palidecen las maravillas del arte. No hemos de rogar á Dios en el templo, pero la noche extenderá en torno su religioso horror, y la mudable luna nos exhortará á la penitencia, y una iglesia de estrellas rogará con nosotros. Serán interminables nuestros coloquios amorosos; sí, una sonrisa de mi amada puede dar asunto á ellos por un siglo. Hasta que sepa qué es de esta lágrima, durará el sueño de mi vida.

LUISA.—¿Y no tienes otro deber que tu amor?

FERNANDO.—(*Abrazándola.*) El más sagrado consiste en alcanzar tu reposo.

LUISA.—(*Con seriedad.*) Entonces, cállate y déjame... Mi padre no posee más que á su hija única... mi padre, que mañana cumplirá sesenta años, y se ve perseguido por la venganza del tuyo.

FERNANDO.—(*Con viveza.*) Se vendrá con nosotros. Ya ves; no queda ya obstáculo alguno, querida Luisa. Corro á cambiar en oro, cuanto tengo de precioso, y tomaré al propio tiempo anticipada una cantidad de dinero de mi padre. Despojar al ladron, es lícito; fuera de que ¿no son sus tesoros el precio de la sangre de la patria? Esta noche, á la una, vendrá un carruaje; os meto en él, y huimos.

LUISA.—Seguidos de la maldicion de tu padre... maldicion esta, ¡insensato! que en los mismos labios del asesino es oida del cielo; maldicion que ha de perseguirnos como sombra implacable, para echarnos de un mar á otro mar... No, amor mio. Si es fuerza cometer un crímen para que seas mio, me siento aún con fuerzas para perderte.

FERNANDO.—(*Inmóvil, balbuceando con sombrío ademan.*) ¿Verdad?

LUISA.—¡Perderte!... ¡Qué horrible pensamiento!... Tan espantoso es que palideciera la misma dicha al concebirlo... ¡Fernando!... ¡Perderte!... Mas no se pierde sino lo que se ha poseido, y tú perteneces á tu condicion. Mis pretensiones eran sacrílegas y las abandono temblando.

FERNANDO. — (*Con el semblante demudado, y mordiéndose el labio inferior.*) ¿ Las abandonas ?

LUISA. — No ; mírame, querido Walter ; no te muerdas el labio. Oye ; deja que reanime con tu ejemplo tu espirante valor ; deja que sea la heroína en esa crisis... y devuelva á los brazos de su padre al hijo extraviado, y renuncie á un enlace que hace imposible el estado de la sociedad, y que subvertiria el órden eterno, el órden general. Yo soy la culpable, yo, que concebí temerarios é insensatos deseos;... mi desgracia es mi castigo... Pero déjame la tierna y lisonjera ilusion de que soy yo quien hace un sacrificio. ¿ Quieres envidiarme esta dicha ? (*Fernando, distraido como está, coge colérico un violin, é intenta tocarlo. Luego rompe las cuerdas, echa al suelo el instrumento, y suelta una carcajada.*) Walter... ¡ Dios mio ! ¿ qué haces ?... serénate... Ese instante reclama firmeza ; es la hora de la separacion... Eres hombre de corazon, querido Walter, lo conozco... Tu amor es ardiente como la vida ; sin límites, como el infinito... Concédelo á noble y digna criatura... no tendrá que envidiar á las más felices. (*Reprimiendo sus lágrimas.*) No has de verme más... La pobre niña engañada en sus esperanzas, llorará su dolor entre cuatro paredes, sin que nadie cuide de sus lágrimas... Mi porvenir es vacío y muerte... pero de cuando en cuando, aspiraré todavía las marchitas flores del pasado. (*Vuelve el rostro y le tiende la mano temblorosa.*) Adios, señor Walter.

FERNANDO. — (*Volviendo en sí.*) Voy á fugarme, Luisa. ¿ De veras no quieres seguirme ?

LUISA. — (*Se sienta en el fondo y oculta el rostro entre las manos.*) Mi deber me ordena quedarme y sufrir.

FERNANDO. — Me engañas, sierpe ; alguna otra razon te encadena aquí.

LUISA. — (*Con profundo dolor.*) Créalo V. al menos ; esto le hará quizá menos desgraciado.

FERNANDO. — ¡ El glacial deber junto al ardiente amor !... ¡No me dejo alucinar por ese cuento de niño ! Un amante te encadena... ¡ Ay de tí y ay de él, si se confirman mis sospechas ! (*Se va corriendo.*)

ESCENA V.

LUISA, sola. Permanece inmóvil y sin decir palabra, sentada en una silla; luego se levanta, y mira en torno suyo como asustada.

LUISA. — ¿ Dónde estarán mis padres ? Padre prometió volver á los pocos minutos, y hace ya cinco horas mortales que está fuera... Si le habrá ocurrido algo... ¡ Ay qué emocion !... ¿ Por qué me sentiré tan oprimida ? (*Wurm entra en la sala, y se queda en el fondo sin que ella le vea.*) Esto no es nada... fantasmas de mi imaginacion, que engendró el insomnio. Una vez se apoderó del ánimo el espanto, los ojos se fingen espectros donde quiera.

ESCENA VI.

LUISA y el secretario WURM.

WURM. — (*Acercándose.*) Buenas tardes, señorita.

LUISA. — ¡ Dios mio !... ¿ Quién habla aquí ? (*Se vuelve, ve al secretario y retrocede asustada.*) ¡ Horror !... ¡ Ciertos eran mis presentimientos ! Van á realizarse fatalmente. (*Al secretario mirándole con desprecio.*) ¿ Busca V. sin duda al Presidente ? Ya no está aquí.

WURM. — No, señorita ; venia por V.

LUISA. — Entonces me sorprende que no fuera V. á la plaza del mercado.

WURM. — ¿ Por qué debia ir cabalmente allí ?